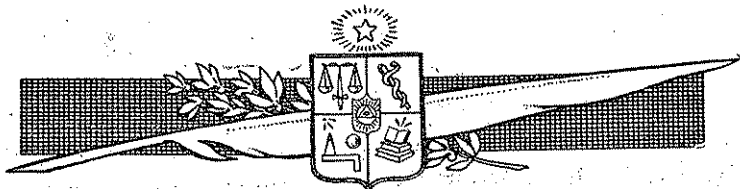


"PREMIO MARTÍNEZ"

SOLEMNE ENTREGA DE LOS DIPLOMAS



SOLEMNE ENTREGA DE LOS DIPLOMAS DEL "PREMIO MARTINEZ"

Discurso del Sr. Francisco E. Noguera

Señor Ministro, Señor Decano, Señoras, Señores:

Es cosa enteramente comprobada que el progreso en las sociedades primitivas, o sea su perfeccionamiento gradual, se opera con extrema lentitud; hasta el punto de ser necesario que trascurren enormes períodos de tiempo para que en ellas se produzca un cambio que signifique mejoría apreciable en su género de vida o en la forma de ejercitar sus actividades. La característica principal de tales sociedades es, pues, la inamovilidad, o sea el estagnamiento casi absoluto.

Se ha reconocido igualmente que después de ese larguísimo período, la evolución civilizadora se va acentuando, si bien al principio muy poco a poco, en forma de que en cada nuevo lapso de tiempo el cam-

bio realizado es mayor que en el precedente; i, por lo tanto, que, cuando un país ha alcanzado ya un alto grado de civilización, el esfuerzo para acrecentarlo es sumamente poderoso, i los progresos que se realizan son mui rápidos. Podría decirse, por lo tanto, que el progreso humano, salvo que sea contenido por acontecimientos extraordinarios, como invasiones, guerras, etc., se desarrolla, no en progresión aritmética, sino en progresión jeométrica.

Sabido es también que el hombre primitivo posee una escasísima mentalidad, i que su lenguaje es en extremo rudimentario. La esplicación de estos hechos está sin duda en que, en las primeras edades, el hombre no tiene contacto sinó con los demás de la misma tribu o agrupación, pues cada una de éstas vive casi absolutamente incomunicada de las demás. El cambio de ideas tiene que estar así circunscrito a las escasísimas necesidades i accidentes de su vida, que son comunes a todos los que forman la agrupación; i el hombre no recibe de los demás ninguna idea nueva que llame su atención i lo estimule a pensar. I, si alguno concibe una idea distinta de las usuales, no tiene medios de expresarla por la falta de vocablos apropiados; i tal idea queda así esterilizada; porque, si la escasa mentalidad es causa de la pobreza del lenguaje, esa pobreza constituye a su vez un obstáculo para el desarrollo de la mentalidad. La vida del hombre en ese período incipiente de la civilización, es tan limitada intelectual i moralmente, que ni siquiera conserva el recuerdo de sus antepasados, ni se preocupa absolutamente del porvenir: lo único que absorbe su atención es el presente.

De ahí, pues, que la inteligencia del hombre primitivo, mantenida en la inacción, no se desarrolle, i que el lenguaje, a su vez, permanezca circunscrito a la expresión de esas necesidades i accidentes, siendo apto sólo para espresar las ideas más simples. Uno de los más afamados navegantes del siglo XVIII afirma que el idioma que hablaban los habitantes que encontró en el vasto territorio australiano, notables, según es sabido, por su escasísimo desarrollo intelectual, era tan pobre que todo su vocabulario cabría en unas cuantas páginas.

Esta es, pues, i no otra la explicación del estagnamiento que caracteriza a esas colectividades humanas. Pero, poco a poco, va viniendo el contacto con otras agrupaciones; lo cual da origen a que surjan nuevas ideas, que los hombres se comunican unos a otros cada vez con menos dificultades, i su mentalidad se desarrolla.

Es, pues; el contacto de los hombres entre sí, por el cambio de ideas que él trae consigo, lo que determina su desarrollo intelectual; hasta que llega un momento en que siente la necesidad de que ni el espacio ni el tiempo sean inconvenientes para comunicarse con los demás; i viene entonces la invención de la escritura; mediante la cual la idea se puede transmitir, no ya sólo entre individuos que están en contacto directo sino a los que residen a largas distancias, i aún a los que viven en épocas distintas. La escritura se perfecciona a su vez, reemplazándose los primitivos signos emblemáticos o jeroglíficos por la escritura silábica, resultado de la creación del alfabeto; i, muchos siglos después, por la escritura mecánica, conseguida por medio de la imprenta; procedimiento inmensamente más ventajoso bajo el

punto de vista de su costo a la vez que de su perfección; i nace entonces el libro moderno, impreso, de lectura mucho más fácil, i cuyo precio es enormemente más bajo que el libro manuscrito que le ha precedido. Ese libro pasa entonces a constituir el agente más poderoso para la trasmisión del pensamiento, i, por lo tanto, para el desarrollo de la cultura así moral como intelectual del ser humano, causa a su vez de la civilización en sus múltiples manifestaciones.

En la descripción verdaderamente majistral que el célebre economista Federico Bastiat nos ha dejado del portentoso fenómeno de la circulación de las riquezas, afirma que, si la aptitud productora del hombre civilizado de la época actual, es inmensamente mayor que la del hombre primitivo, ello se debe sobre todo a que el primero dispone del inmenso bagaje de ideas útiles que le han legado las generaciones anteriores, comprobadas i perfeccionadas por la esperiencia de las mismas generaciones; ideas que éste aprovecha en cada una de las operaciones que esa producción presupone. Pues bien, esas ideas han llegado hasta él principalmente por medio de la escritura manual, primero, i después, por medio de la imprenta, i, consiguientemente, por el libro, que es la forma más eficaz de aprovechamiento de esa última prodijiosa invención, ya que él constituye el vehículo por excelencia de las ideas.

La palabra hablada es sin duda el medio más natural de comunicarse entre sí que tienen los hombres; a menudo es también el menos costoso; i cuando el que habla tiene el dón de espresarse con elocuencia, es también el que produce mayor impresión en el oyente; por lo que ese medio se ha utilizado

de preferencia en muchos casos para difundir las ideas; de ahí las conferencias orales, la enseñanza oral, etc. Pero, ¿cuántos son los casos en que el hombre se encuentra en la imposibilidad de escuchar esas conferencias, esas disertaciones, esas enseñanzas orales, que sólo tienen lugar generalmente en las ciudades importantes, i a ciertas horas, i en recintos determinados a que no tiene acceso sino un reducido número de oyentes? Mientras que el libro, que contiene los pensamientos de los hombres más eminentes de todos los tiempos i países, está siempre al alcance del que desea conocer tales pensamientos, sea cual fuere la hora i el sitio en que se encuentre. El libro, como dice un gran pensador, es un amigo con cuyas luces se puede contar en todo momento; merced a él cualquiera de nosotros puede entrar en comunicación, por decirlo así, con los escritores de todos los tiempos i países, siempre que lo desee. De ahí, pues, que el progreso de la sociedad esté estrechamente vinculado a la producción del libro i a su difusión.

Un buen número de años hace vino a nuestro país el célebre estadista i pensador arjentino don Domingo Faustino Sarmiento, que, como es sabido, no era un huésped extraño para nosotros, i dijo: La producción intelectual consignada en libros, de los países hispano-americanos, según lo comprueban sus estadísticas, es insignificante comparada con la de los países de mayor civilización del viejo continente: Francia, Alemania, Inglaterra, etc., i también con la de los Estados Unidos; lo que es debido a la mayor población, a la mayor riqueza, i, sobre todo, a la mayor cultura de tales países. Esa producción, que abarca como es natural toda clase de materias,

se cuenta por miles de volúmenes al año, ascendiendo la de Alemania sola (que es la que presenta el esponente más alto) a más de siete mil. Que muchas de esas obras, la gran mayoría sin duda, carecerían de interés para Chile i demás estados de este continente, no es dudoso; pero tampoco lo es que muchas, muchísimas de las restantes serían de verdadera utilidad, i algunas, de enorme utilidad para estos países, en que, respecto de muchos ramos del saber, puede afirmarse que la producción intelectual falta por completo. Ahora bien, esos libros no vienen a este continente sino en cantidad insignificante; de manera que el valiosísimo conjunto de conocimientos que ellos contienen i que constituyen verdaderos jérmenes de civilización, no son aprovechados por las naciones hispano-americanas sino en proporción mínima; siendo evidentemente la causa de esto, sino la única, por lo menos i con mucho la principal, nuestro jeneral desconocimiento de los idiomas en que esos libros están escritos. Si se lograra suprimir, pues, esa disparidad de las lenguas, la parte más selecta a la vez que más en consonancia con nuestras necesidades de esa enorme producción intelectual, entraría a circular profusamente en los países de este continente, contribuyendo en escala inmensa a su progreso. Ahora bien, agregó el señor Sarmiento, el medio que propongo para conseguir resultado tan halagador es que se establezca una oficina costeada por los países indicados, i por lo tanto, internacional, cuya esclusiva misión sería indicar cuáles son las obras publicadas en Europa o en Estados Unidos que puedan tener mayor utilidad para nosotros, traducirlas al castellano i publicarlas;

procediendo en seguida a su reparto entre todos los países que hubieran suscrito el convenio.

El señor Sarmiento, de acuerdo en esto con otros grandes pensadores, partió, pues, de esta verdad: que la idea es el agente principal del progreso, i que el libro es el instrumento más eficaz para transmitir la idea.

No necesito decir que ese gran proyecto, mui celebrado al principio por los elementos más adelantados de nuestro país, fué olvidado después, hasta el punto de no haberse hecho tentativa alguna para llevarlo a la práctica; siendo de presumir que igual cosa ha acontecido en los demás países a quienes se dirigió la invitación.

Conocida de todos, por ser un acontecimiento de fecha reciente, es la obra cultural emprendida en los Estados Unidos por Mr. Carnegie. Este célebre filántropo i gran industrial, que según su biógrafo, poseyó el jenio de los negocios en grado extraordinario, después de haber reunido una de las mayores fortunas que se conocen, quizo hacer partícipe de ella al país de su adopción, que había sido también el teatro de sus actividades; pero, no por medio de donativos pecuniarios directos, sinó en forma que contribuyera mucho más eficazmente al mejoramiento de las clases menos favorecidas de la fortuna. I, partiendo de que es una verdad evidente: que la suerte de cada hombre depende principalmente de su cultura intelectual i moral, según él lo había podido comprobar en el curso de su larga vida, toda ella consagrada al trabajo, estudió durante mucho tiempo, con el concurso de otras personalidades no menos bien inspiradas, cuál sería esa forma, o sea el mejor medio de conseguir aquel re-

sultado; llegando a la conclusión de que el libro era el agente cultural por excelencia, i de que, por lo tanto, el medio más eficaz para promover el adelanto moral i material de las clases trabajadoras, consistía en ponerlo al alcance hasta de la jente más desvalida, haciendo para ello gratuito su uso. De ahí la fundación de las célebres bibliotecas populares que Mr. Carnegie dejó iniciada, i que se ha continuado después en toda la extensión de los Estados Unidos.

La eficacia del libro como medio de combatir la ignorancia, a la vez que de moralizar, fué, pues, reconocida en la forma más explícita en el caso de que se trata; i omito la relación de otros hechos, talvez no menos decisivos al respecto, por creerlo innecesario.

Un hijo esclarecido de nuestro país, penetrado también de esa verdad, i movido del noble deseo de contribuir a su progreso moral e intelectual, ha apelado al mismo medio para conseguir ese fin. En efecto, el señor don Marcial Martínez, por una de las cláusulas de su testamento dispuso que se destinara de sus bienes la suma de treinta mil pesos para premiar anualmente con sus intereses la obra original de más mérito, científica, literaria o artística, que se publique o ejecute por chileno; estableciendo que ese premio deberá ser discernido por la Facultad de Leyes i Ciencias Políticas de la Universidad de Chile, en vista del resultado del concurso o certámen respectivo.

Si, como queda indicado, en otras ocasiones se ha creído conseguir el mejor éxito en el sentido de la cultura, por la difusión del libro, poniéndolo gratuitamente al alcance de los lectores, o suprimien-

do el inconveniente insuperable que resulta de la diversidad del idioma, el señor Martínez creyó alcanzar más eficazmente el objetivo que perseguía, fomentando la formación misma del libro. Para ello partió sin duda, de que, en un país como el nuestro, donde a consecuencia de ser todavía tan escasa la ilustración de sus habitantes, la ímproba tarea que presupone la preparación de una obra científica o literaria de verdadero mérito, no encuentra estímulo bastante en el favor del público, que es jeneralmente mui escaso. I así, es de necesidad que se acreciente por otros medios ese premio moral i pecuniario que el autor tiene jeneralmente en vista; i de ahí que sea de alta conveniencia pública el establecimiento de recompensas a la vez morales i pecuniarias, distintas de las que el autor puede esperar del público.

I que se alcanzará el resultado que tuvo en vista el institutor, no es en manera alguna dudoso, pues que está en la conciencia de todos los que se han ocupado de tan importante materia, que si nuestra producción intelectual que ve lá luz pública en forma de libro, es tan reducida, ello no se debe a falta de afición de los chilenos por el cultivo de las ciencias i de las letras, sinó a que la recompensa discernida por el público en forma de provecho pecuniario i de aplausos, es jeneralmente demasiado exigua.

Lo ya dicho sobre las excelencias del libro es entendido que se refiere sólo a los que tienen un verdadero mérito, i están llamados por lo tanto a prestar servicios positivos, que son, como era natural, aquellos cuya producción el señor Martínez ha querido fomentar; siendo, a no dudarlo, ese el mo-

tivo que lo indujo a establecer para el otorgamiento del premio un certámen público, i a confiar la delicada tarea de discernirlo a una corporación prestigiosa i respetable.

No necesito decir que la influencia de tan benéfica institución alcanzará también a las bellas artes, que son parte i mui importante de la cultura; dado que, según queda espuesto, esa simpática manifestación del sentimiento estético de todo pueblo civilizado, no fué olvidada por el señor Martínez.

Este ilustre ciudadano ha agregado, pues, a los muchos e incontestables títulos que ya tenía a la consideración i gratitud de sus compatriotas uno nuevo i mui valioso con la fundación de que acabo de hacer mérito, i que por acuerdo de la Facultad va a llevar su nombre, como es de justicia. Esa fundación, que contribuirá eficazmente, sin duda, al desarrollo de la cultura en nuestro país, confiere a su autor el carácter de verdadero benefactor público.

Esos títulos que el señor Martínez se conquistó en el curso de su larga i fecunda existencia fueron efectivamente tan importantes como numerosos. Prestó en efecto al país servicios de la mayor valía en el desempeño de misiones diplomáticas en el Perú, en los Estados Unidos i en Inglaterra; habiendo sido la segunda de ellas en extremo delicada, pues que tenían lugar entonces graves complicaciones en nuestras relaciones exteriores, orijinadas por los trabajos preparatorios del Tratado de Ancón. Tuvo la representación de Chile en el Congreso Postal Universal reunido en Lisboa el año 1886, que echó las bases a que debía sujetarse en lo futuro el servicio de correos en todas las naciones ci-

vilizadas. En ese Congreso el señor Martínez tuvo una actuación muy prominente.

Perteneció a la Cámara de Diputados en más de un período, i entre los años 1895 i 1901 a la de Senadores; tomando una parte activa en casi todas las discusiones sobre asuntos de trascendencia, que se ventilaron en el seno de esa corporación.

Fué un jurisconsulto notabilísimo; habiendo dado pruebas de su alto criterio i de la estensión de sus conocimientos en esa vasta ciencia, no solamente en el ejercicio de su profesión de abogado, en la que gozó del más alto prestigio, sino también en numerosos trabajos que vieron la luz en diarios, revistas i folletos, i que han sido recopilados en la edición que se hizo de sus obras poco después de su muerte.

No le fueron tampoco estrañas las cuestiones de orden social, como lo acredita el estudio estensísimo presentado por él al primer Congreso Científico Pan-Americano, inserto en sus obras con el título de «Postulado de las clases obreras i de los desvalidos i proletarios en presencia de la Ciencia Social i en especial de la Economía Política». Figuran allí también gran número de trabajos sobre política, administración, asuntos internacionales, Finanzas i Economía Política; todos los cuales acusan, según la opinión de personas que han tomado conocimiento de ellos, no solamente una sobresaliente inteligencia, apta para abordar con brillo los más variados temas pertenecientes a la sociología, sino también una erudición vastísima, que no pudo ser el fruto sino de largos i concienzudos estudios.

La personalidad del señor Martínez, realizada por

méritos tan relevantes, tuvo que destacarse donde quiera que le cupo desarrollar su actividad; i de ello fueron una prueba bién significativa las numerosas distinciones que le discernieron distintos Gobiernos i corporaciones científicas. En efecto, estuvo condecorado con la Lejión de Honor de Francia, i con otras órdenes europeas; fué miembro honorario de la Academia de los Arcades de Roma, de la Universidad de Edimburgo, i de la Yale en los Estados Unidos; de las Sociedades de Escritores i Artistas de España, de la de Francia i de la de Italia; i, durante muchos años, uno de los más conspícuos de la de Chile en la Facultad a que confiara el delicado encargo de ser su ejecutor testamentario en lo relacionado con el prêmio anual de que tenéis ya conocimiento.

El señor Martínez había nacido en La Serena el año 1833 i murió en Santiago el de 1918, después de una existencia de escepcional actividad consagrada en mucha parte i bajo diversas formas al servicio del país; el cual aprovechó así ampliamente de sus estraordinarios talentos i virtudes cívicas.

La Facultad de Leyes i Ciencias Políticas rinde este tributo a la memoria de este esclarecido chileno.

Discurso del Sr. Juan Noé

Parecerá quizás algo extraño el que un modesto cultivador de ciencias biológicas, suba a la tribuna de la Facultad de Leyes, para dirigir la palabra a un selecto auditorio, más bien especializado en las disciplinas jurídicas, que familiarizado con los estudios médicos o naturalísticos. Sin embargo, las circunstancias, por cierto no ordinarias, que nos reúnen hoy en esta sala, me eximen de la necesidad de hacer una disertación de carácter unilateral. Estamos celebrando el triunfo de dos esclarecidas personalidades de la intelectualidad chilena que dignifican a la patria, honrándose a sí mismas i estoi seguro que la Honorable Facultad de Leyes i Estudios Políticos, al conferirme el encargo de pronunciar un corto discurso en ocasión tan solemne, ha deseado, con esquisito sentido de oportunidad, unir en una demostración de fraternidad espiritual a representantes de diferentes ramas del saber, como para dejar bien establecido el carácter unitario i sintético de los estudios universitarios.

I en efecto, señores, las artes i las ciencias no son sino dos aspectos distintos del mismo fenómeno: la facultad creadora de la inteligencia humana. Las unas i las otras emanan de la interpretación subjetiva que los hechos naturales reciben al pasar respectivamente por la mentalidad emotiva i la men-

talidad lójica del hombre. Las artes son formas de reacción del sentimiento; las ciencias, obras del racionalismo analítico i de la abstracción sintética del pensamiento. Por lo que concierne más propiamente a las ciencias, en que se subdivide el patrimonio del saber, todas ellas son hermanas, porque hijas de una sola madre; la *filosofía positiva*; llevan el mismo sello, pues realizan sus labores, sus estudios, sus descubrimientos, utilizando el mismo método de investigación: aquel método que, desde los días de Galileo, de Bacon, de Descartes, lleva el nombre de *experimental*. La experimentación constituye la única medida de la verdad de que podemos disponer; sólo que, mientras las ciencias puras realizan experimentos en los laboratorios científicos, las ciencias aplicadas al hombre deben necesariamente practicarlas en aquel terreno inmenso, incohercible i mudable que se llama humanidad.

Se comprende, pues, fácilmente, cuán grandes sean los obstáculos que ciencias como las económicas i sociales deben vencer para llegar a sentar principios jenerales de valor inconcuso. Por lo menos la medicina, que utiliza el mismo material experimental que aquellas, puede, merced a la fisiología i a la patología comparada, buscar orientaciones i a veces soluciones en las reacciones de los animales domésticos, que somete a investigaciones de laboratorio. Pero, sólo el tiempo puede contestar las cuestiones planteadas por las ciencias económicas i sociales; sólo el dinamismo de las colectividades humanas puede juzgar de la vitalidad, luego de la verdad, de las doctrinas sustentadas por aquellas.

Por lo demás, las ciencias económicas i sociales i la ciencia médica, ofrecen varios puntos de con-

tacto i cierta analogía de objetivos: en efecto, aquellas tienden a dar el mayor i más proficuo desarrollo al trabajo humano i a la potencialidad productiva de las naciones; la medicina preventiva i curativa, defendiendo al factor económico, al hombre, contribuye poderosamente, según lo demuestra la estadística, a la conservación i al incremento siempre mayor de la riqueza pública i privada. Finalmente, más alta i noble meta común, las ciencias económicas i sociales i las ciencias médicas tienden a realizar un tipo mui perfecto de sociedad, rejida por una mayor equidad, es decir, una distribución más humana de los derechos i de los deberes individuales i colectivos. El médico, el jurisconsulto, el economista, como el sacerdote, están a contacto directo con las más dolientes miserias sociales; por esto Marat, médico, dará la mano a los abogados Desmoulines i Danton sobre los humeantes escombros de la sociedad feudal, en un solemne pacto de fraternidad humana; por esto, médicos i jurisconsultos irán paulatinamente preparando el día en que las formas de la bondad que llevan el sello de la filantropía, se vuelvan en deberes sociales i la caridad, sentimiento excelsó para quien lo practica, pero acto humillante para quien lo recibe, ceda el puesto al reconocimiento universal del derecho de vivir con independencia i dignidad.

Por esto, Doctor Martner, me ve Ud. participar con inefable alegría a esta hermosa fiesta universitaria; démonos también nosotros las manos por encima de las convenciones sociales, la cabeza erguida, la frente hacia el porvenir.

*
* *

En efecto, un lazo indestructible de solidaridad funde en una inmensa familia a todos los que profesan una ciencia: la unidad i la nobleza del fin forman su cemento.

Debo advertir que hablando de ciencias entiendo referirme principalmente a las ciencias puras. Bien es cierto que, en el fondo, no hay sino una Ciencia, porque no existe sino un solo método; pero es indubitable que una orientación exclusivamente utilitaria de las investigaciones científicas sería profundamente deplorable. La ciencia por la ciencia, aquella que busca la verdad sin preocuparse de lo útil, constituye la mayor fuerza civilizadora que se conozca; por su intermedio, nuestro fondo intelectual se renueva i rejuvenece, por obra suya nuestro espíritu se expande por el Universo para arrancar nuevos secretos a la naturaleza, para ensanchar por esferas siempre más i más dilatadas el patrimonio de nuestro saber; sin olvidar, finalmente, que no rara vez las aplicaciones más hermosas surjen inopinadamente de investigaciones llevadas adelante sin otro objeto que la rebusca de la verdad.

Las mismas ciencias aplicadas, que, brotadas de la ciencia pura, se han luego independizado de ellas, arrastradas en el terreno de los negocios: las ciencias industriales, como podríamos llamarlas, van cada día más evidenciando cierto retorno a la cepa de origen; i el taller se remonta al laboratorio, para completar i perfeccionar sus procedimientos.

¡Qué progreso tan grande, aún prescindiendo de las aplicaciones, debe la ciencia pura a las grandes usinas alemanas de productos químicos i de manufacturas eléctricas, a las grandes sociedades de telegrafía inalámbrica, a los laboratorios de las grandes fábricas metalúrgicas i electroquímicas, etc. ! El mundo civilizado marcha hacia una concentración industrial que favorece la creación de laboratorios técnicos, los cuales, a pesar de su carácter utilitario, son impelidos a menudo a resolver problemas que interesan grandemente a la ciencia pura ; la técnica paga así su deuda a la ciencia.

Ahora bien, cómo no sentirnos hermanos los que, comulgando en las finalidades, experimentamos también el lejítimo orgullo de ser los hijos espirituales del siglo XIX, el siglo de las luces ? La majestad concreta de los hechos que caracterizan al siglo pasado, en que las ciencias modernas han crecido con rapidez asombrosa, después de una infancia larguísima durada varios siglos, demuestra que nunca la humanidad ha conseguido un estado material i moral de evolución semejante, ni alcanzado una cumbre tan alta i gloriosa, como la escalada especialmente en la segunda mitad del siglo XIX.

Una comparación superficial i lijera entre las civilizaciones de los siglos XIX i XVIII demuestra que, prescindiendo de las inmensas conquistas materiales, del aumento de la riqueza pública i del mejoramiento jeneral de las formas i condiciones de vida, la herencia que nos ha dejado el siglo XIX en el campo intelectual i moral, político i relijioso, jurídico i social es verdaderamente inconmensurable.

Aún descontando el sedimento de malestar material i espiritual dejado por la gran guerra, en to-

dos los países civilizados i que se irá paulatinamente desvaneciendo, no hai duda, de que la ampliación de las comodidades ha acrecentado la sensación de simpatía para con los desheredados i la piedad para las desgracias privadas i públicas. La actividad afectiva del siglo XIX venció en mucho a la de todos los anteriores. Allá donde las sociedades antiguas dejaban libre el dominio a la dura lei de la eliminación de los débiles, el Cristianismo introdujo en nuestra conciencia el sentimiento de la fraternidad humana; pues bien, la jeneración científica de nuestros padres, fecundó aquella semilla; la semilla fructificó, propagándose con asombrosa rapidez i con vigor creciente por todos los ámbitos del mundo civilizado. Son efecto de una mayor moralidad las iniciativas filantrópicas, los impulsos de caridad hacia pueblos de otras razas, las obras de beneficencia, los asilos, los hospicios, los hospitales, siempre más i más numerosas i perfeccionados i dirigidos a aliviar miserias siempre más i más variadas.

Es particularmente indicio de los más nobles sentimientos el haber proveído a la suerte de los pobres locos, considerados antes como posesionados por el espíritu del mal, tratados como criminales, azotados con las persecuciones más feroces. Es prueba de una moralidad más esclarecida el haber abolido la crueldad de las antiguas penas; es moral la disminución universal de la ignorancia. Consolidada en nosotros la conciencia de lo que somos en gracia a las Ciencias Biológicas, que progresan con velocidad verdaderamente asombrosa, trasmitimos a nuestros hijos un concepto más exacto sobre el hombre en sus relaciones con el Universo. Desaparecieron muchas

supersticiones i se difundió en las masas una idea más positiva de los fenómenos i de las leyes naturales. Se desarrollaron la urbanidad en las transacciones, la decencia en las relaciones sociales, la tolerancia política, relijiosa i filosófica. Normas ceremoniales comunes fueron adoptadas por ciudadanos de todas las clases, por haberse difundido el concepto de la igualdad i se fortaleció en todos los hombres el sentimiento de la dignidad personal.

En este ensanche de los sentimientos de simpatía en esferas siempre más amplias, también se elevaron los ideales de los hombres civiles. Apenas cayó destruído el municipalismo i ya se encuentra en peligro el nacionalismo; sin embargo, el concepto de las distintas patrias tiende a fusionarse en una aspiración más jeneral, por no decir universal, sin renunciar, por cierto, al patrimonio étnico, ético e intelectual de los singulos pueblos. Los sentimientos buenos, verdaderos i operantes, no los retóricos del Renacimiento, sino aquellos más profundos, predicados por el Nazareno, sentimientos que anuncian la aurora de un porvenir de mayor civilización, se adelantan a grandes pasos. El haber adquirido una mayor conciencia de las injusticias sociales, el tener una palabra de compasión para todas las miserias, una palabra de desdén para todas las prepotencias i un jesto de disculpa para todas las reacciones impuestas por la necesidad o la opresión, no es estéril o hipócrita sentimentalismo, sino, al contrario, una espresión de la profunda mutación que el siglo XIX, llamado sin embargo despectivamente materialista e inmoral, ha determinado en nuestra conciencia.

Llegado a este punto, i campeando por los fueros de la verdad, no puedo dejar sin contestación algunas objeciones, diría casi acusaciones que se dirijen a la ciencia. Sin negar los méritos de la ciencia en el orden material de la vida, se persiste en restarle toda influencia en el orden moral llamado vida espiritual. Más aún, del hecho de que el hombre ha utilizados los descubrimientos científicos, en perjuicio de sus semejantes a fines de destrucción ciega i cruel, se ha querido deducir una gran desconfianza hacia el rol educativo de las ciencias, llegando hasta representarla como peligrosa para la conservación de la humanidad. Otros, sin llegar a este grado de exajeración, observan sin embargo, que la ciencia ha desarrollado más las facultades cerebrales del hombre, que las afectivas. La ciencia misma es un frío i mecánico procedimiento lójico; pero, la lójica, no templada por elementos emotivos, nos acerca a estados inferiores de vida. Todo es lójico en el universo, pues todos los fenómenos son rejidos por la lei de causalidad. El salvaje que vive más cerca de la naturaleza no es menos lójico (en la limitada esfera de sus conocimientos i de su psique) que el hombre civilizado, el cual ha sabido elevarse sobre aquél, i, en parte, rescatarse de ciertas férreas imposiciones de la naturaleza, precisamente porque, junto con el desarrollo de su mentalidad lójica, ha mejorado su mentalidad emotiva. La emotividad suaviza la rijidez del pensamiento i la materialidad de nuestra misma naturaleza.

Sin embargo, contestamos nosotros, la ciencia no obliga al hombre a ser materialista; i es enteramente falso sostener que ella, con su teoría de la lucha por la vida, i de la supervivencia de los más

aptos, haya consagrado el triunfo del egoísmo, de la fuerza, del éxito brutal sobre los sentimientos más nobles: el derecho, el mérito i la virtud.

En el mundo animal (comprendiendo en él también al hombre), la adaptación progresiva a las condiciones de existencia no se realiza sólo en los órganos i funciones de nutrición, en los músculos i medios brutales de ofensa i defensa; sino, también, en los órganos i en las funciones de relación, en los sentidos, en el cerebro, en la energía i capacidad mental, evidenciándose por la asociación que se produce entre los semejantes.

En efecto, uno de los hechos más importantes puesto en evidencia por la filosofía sociológica moderna es que, en la lucha por la vida, se desarrolla en todo el reino animal la tendencia de los seres a buscar la ayuda de sus semejantes, a hacerse solidarios entre sí, a unir sus esfuerzos individuales para la consecución de un fin común, que, por esto, es considerado como un bien común.

El origen i la perfección de los sentimientos morales en la naturaleza son más bien un resultado positivo de evolución, como lo es la mayor ajilidad de la mano, o la mayor perspicacia del ojo. El sér moral no es cosa distinta del sér viviente; i siendo, como es el hombre, un organismo sociable, es natural que se hayan desarrollado en él leyes éticas, puesto que el hombre, dotado de moralidad, de altruismo, de sentimientos de solidaridad fué i es así más apto para vivir i triunfar en la lucha.

Los mejores, moralmente hablando, son pues, también los más fuertes; i, en la sociedad humana, como en ciertos ambientes animales que se han constituido por el vínculo de solidaridad entre los se-

mejantes, la victoria no es ya otorgada a quien tiene músculos más robustos o dientes más agudos, sino a aquel que, por causa de sus facultades intelectuales, afectivas i volitivas, es más apto al medio social.

La máxima moral llamada *regla de oro*, que sirve como fundamento de todas las religiones orientales i del Cristianismo, *ama a tu prójimo como a tí mismo*, es una regla esencialmente social i el resultado del desarrollo histórico de aquellos sentimientos innatos en el hombre, que, como la simpatía i la solidaridad, derivan a su vez de la debilidad física i psíquica del individuo aislado. El hombre, como ser inerme, ha sido i es necesariamente compelido a vivir en sociedad; de modo, pues, que la regla de oro no es más que la resultante de su constitución biológica i de su instinto.

Ahora bien, la ciencia que ha descubierto el vínculo necesario entre la moral i las condiciones de existencia del hombre ¿cómo podría ejercer, en la educación, la influencia de rebajar el nivel moral del individuo? Al contrario, la ciencia moderna concibe el bien en relación con las necesidades sociales, o sea, pone la moralidad de la conducta individual al frente del bien colectivo, que es, en definitiva, lo útil para todos. Pero, al mismo tiempo, el derecho individual no puede ser sacrificado ante el impersonal de la masa. Dilatando las propias facultades en los límites conseguidos a la convivencia común, tratando de alcanzar la perfección máxima, física, intelectual i moral, cada hombre coopera al progreso de todo el organismo social al cual pertenece, así como a la elevación de toda la humanidad presente y futura. «El verdadero hombre vir-

tuoso moderno», dice un filósofo italiano, Tarozzi, «es el que sabe encontrar la armonía entre los derechos i los deberes de la individualidad en el seno de una agrupación». «El sentimiento del deber del hombre» escribe Haeckel en su *Welträthsel*, no se basa en un imperativo categórico ilusorio, sino en el terreno real de los instintos sociales que encontramos en todos los animales superiores que viven en sociedad; de tal modo que el fin supremo de la moral debe ser el de establecer una sana armonía entre el egoísmo i el altruismo, entre el amor hacia sí mismo i el amor hacia el prójimo.

He aquí la conquista más grande a que ha llegado la ética, bajo la influencia del espíritu positivo del siglo XIX:

Ahora bien, sentado esto, ¿qué forma de actividad podría prestar más ayuda a la moral que la ciencia, cuyo doble aspecto especulativo y práctico tiene precisamente por objeto conquistar para el hombre un número siempre creciente de satisfacciones físicas e intelectuales?

¿No representa el sabio que, trabajando para su gloria i sus existencias materiales entrega cuotidianamente a la humanidad nuevas verdades i nuevos conocimientos de valor inmenso, i a veces de alcance universal, el tipo más perfecto del hombre que corresponde al ideal natural i humano de la moral moderna?

I, si las cosas están en estos términos, la ciencia, entonces no es sólo doctrinariamente contraria al egoísmo, por divisar en él un elemento disolvente del estado social, sino que obra directamente como fuerza dinámica, para transformar el egoísmo en

el altruismo, el mal en el bien: la ciencia es el Prometeo de la Mitología que roba una chispa al fuego destructor subterráneo i la entrega al hombre a fin de que forje con ella el arado con el cual pueda escarbar el surco imborrable de su civilización.

Y ya que he recordado el mito de Prometeo, he aquí implícitamente contestada una de las acusaciones antes referidas que se han lanzado en contra de la ciencia.

En toda época, el progreso ha tenido al frente una falange numerosa de adversarios que ven en cada paso adelante dado por la humanidad el acercamiento al abismo fatal de su aniquilación. El mito de Prometeo encadenado por Vulcano en el monte Cáucaso i espuesto a cruel suplicio espresa la grave preocupación que asaltaba a los antiguos al acercarse al *árbol del conocimiento*. Esto me trae a la memoria un acápite de la famosa carta escrita por Leonardo da Vinci al rei de Francia en que espone detalladamente todas sus capacidades, «yo sé construir», escribía él, «un aparato que puede navegar bajo el agua; pero es este un secreto, morirá conmigo, pues el hombre es tan malo que utilizaría esa máquina para acechar i hundir los barcos llenos de jente i de mercadería...» Sin embargo la muerte de Leonardo da Vinci no ha impedido el redescubrimiento del submarino i los crímenes de que se ha manchado, como el castigo de Prometeo no ha impedido a los hombres usar el fierro i el fuego para forjar el hacha para cortar madera o para construir el primer cuchillo homicida.

No es la ciencia culpable de la maldad humana. El problema es mucho más hondo i complicado por cuanto atañe a la organización psicológica del in-

dividuo i a los hábitos adquiridos en la primera infancia. Hasta ahora, hai que confesarlo, ninguna forma de educación, ni la relijiosa, ni la moral ni la científica han logrado desterrar del corazón humano la fiera que a veces parece dormir en él. La historia de todos los pueblos i de todas las épocas está ahí para demostrarlo. Sin embargo, la ciencia, que nos ha hecho asistir en el corto período de una generación a trasformaciones de varios actos ordinarios de la vida, tan rápidas, que parecerían a nuestros antepasados obras fantásticas, o bien milagrosas, o bien diabólicas, la ciencia, digo, está seguramente en buen camino para aportar un contributo positivo a la solución del problema educativo moral. La endocrinología, especialmente, nos acerca al día en que podremos avaluar con cierta exactitud el grado de responsabilidad de los actos individuales, al mismo tiempo que va poco a poco precisando los factores hereditarios de nuestro patrimonio psíquico i los agentes externos e internos que podrían modificarla. De tal modo que no dudo mínimamente de que la ciencia, que ha ya librado a la humanidad de las horribles pestilencias de otros tiempos, que ha logrado elevar la duración media de la vida humana, que está en vísperas de conseguir los medios para conferir al organismo la suficiente resistencia a las diferentes causas de enfermedad i quizás también para librarnos de los trastornos funcionales i de las dolencias de la vejez, sabrá también por medio de la *psico-análisis* dictar las normas hijiénicas para la vida del espíritu, es decir las reglas para su armónico desenvolvimiento, para su robustecimiento i para evitar su decadencia i sus degeneraciones individuales i hereditarias.

Nó, señores, ni la ciencia, ni el sabio son materialistas, por lo menos en el sentido bajo i vulgar que se atribuye a ese término. Al contrario, si por espiritualismo entendemos la férvida vida de la mente, es decir la fosforescencia de la inteligencia junto con la pulsación del sentimiento, ningún hombre es hoy día más espiritual que el sabio. ¡ Cuán grande emoción llena de alegría debe haber experimentado Arquímedes al lanzar su «Eureka!» inmortal, viendo proyectado ante sí por la chispa de su ingenio el principio que rige la flotación de los cuerpos; cuánta felicidad íntima e indecible habrá llenado el corazón de Metchnikoff, cuando al observar al microscopio en un insignificante crustáceo los leucocitos agredir, tragar i digerir los microbios que lo infestaban, tuvo la luminosa intuición de que este proceso pudiera constituir un poderoso medio de defensa de los organismos contra las infecciones, i echó en efecto los cimientos de aquella doctrina de la inmunidad, que, ampliada e integrada por otros sabios, ha proporcionado a la medicina el instrumento maravilloso que ha arrancado de los brazos de la muerte ya muchos millones de seres.

I, finalmente ¿ hai espresión humana que pueda significar el arrobamiento estático que sorprendiera el alma de Ramsay, asistiendo a la disgregación del átomo de diferentes cuerpos bajo la carga de los átomos de helio?

He ahí una fuerza poderosa, la más potente dinámica de destrucción que se conoce; he ahí pues la fuente al mismo tiempo de infinitas felicidades i desgracias humanas! A través de los milenios bien puede Caín dar la mano a Jaime Clair.

Señores: deseo terminar esta ya larga plática citando algunas palabras del profesor Coulter, de la Universidad de Chicago; que constituyen en mi concepto, un corolario oportuno a las consideraciones antes espuestas. «La investigación es el sistema nervioso de la universidad, por cuanto estimula i domina toda otra función. Ella forma la atmósfera de la universidad. Consagrarse no sólo a la adquisición de la ciencia, sino también a hacerla progresar, he ahí el verdadero rol de las universidades».

He aquí palabras que nos invitan a reflexionar. En efecto ¿qué le falta a nuestra universidad para poderse medir con las hermanas de otros países? Le falta esencialmente el *Instituto Científico*, donde profesores i alumnos puedan absorberse en esta mística tarea que es la investigación científica. Mi experiencia de 14 años de enseñanza en este país me permiten afirmar que en Chile el elemento hombre, ya sea cuanto a capacidad intelectual, ya sea cuanto a energía no es inferior al de los más antiguos i tradicionales focos de cultura universitarios. Por lo demás, la hermosa fiesta de hoy nos proporciona la más elocuente prueba de ello.

Por desgracia, el laboratorio científico es mui costoso; por esto se ha dicho que la ciencia por la ciencia es un lujo de países ricos. En todas partes ha tenido que vivir como comensal; en tiempos ya remotos, de la relijión en los conventos; hoy día, a menudo de la industria en los laboratorios técnicos, en todos los tiempos, de la enseñanza, es decir, de sus rentas en las universidades. En Chile, como la universidad no disfruta de rentas, parecería lójico que no hubiera institutos científicos.

Uso el condicional para no caer precisamente en un error de lójica; pues si en la casi totalidad de los países las universidades se proporcionan por medio de las fuertes contribuciones escolares los principales medios para costear sus laboratorios científicos, hai sin embargo, también institutos sostenidos por particulares o por sociedades con el objeto de desarrollar un ramo determinado de la ciencia. Recordaré solamente, por ser mui conocidos al extranjero, el Instituto Pasteur i el Instituto del Radio en París; los grandes Institutos establecidos en Alemania bajo los auspicios de la Kaiser Wilhelm Gessellschaft. Pero es particularmente en los Estados Unidos donde la jenerosidad privada ha multiplicado las obras fecundas: Wistar Institute en Philadelphia, Rockefeller Institute for Medical Research en New York, Carnegie Institution en Washington.

La mejor de todas estas fundaciones por el modo como está concebida i organizada es la debida al mecenetismo de Carnegie que destina a su institución la conspícua suma de un millón de dólares al año. Su objetivo, verdaderamente racional i admirablemente llevado, es el de descubrir en todas las especialidades los hombres escepcionalmente aptos, cualquier que sea su orijen, provengan de las escuelas o de otras partes, i de proporcionarles los medios necesarios para permitirles cumplir las obras para las cuales tienen disposición.

He ahí un hermoso programa. *Mutatis mutandis*, es decir con las debidas variaciones, podría llegarse también en Chile a conferir a nuestra Universidad un carácter análogo. Los medios financieros deberían ser proporcionados a la Universidad por

el Estado en forma de renta fija; pero sería de desear que también en Chile la jenerosidad privada se esmerara en subsidiar a su Universidad. Cuidar de su propia Universidad es obra altamente patriótica, porque la Universidad es el cerebro de la instrucción; de su buen o mal funcionamiento depende el grado de cultura de sus ciudadanos, i sobre todo la dignidad de su organismo civil ante las Repúblicas hermanas.

Continuar viviendo de una intelectualidad pasiva no está en armonía ni con las aptitudes del pueblo chileno, ni con el prestigio que Chile goza en el continente americano. No basta tener una patria naturalmente bella, no basta que su suelo sea el jardín de las espérides, que su cielo sea digno de formar la bóveda al Olimpo celestial; es menester contribuir individual y colectivamente, con el esfuerzo abnegado i hasta doloroso, que sólo el amor patrio puede jenerar, al embellecimiento moral i espiritual de la Madre común; no hai que olvidar que si Esparta se hizo célebre por la rudeza i la fuerza física de sus habitantes, es sin embargo Atenas la que inmortalizó la Grecia para la eternidad. Es que los atenienses escojieron a símbolo de su ciudad la más hermosa, la más armónica, la más noble de las diosas, la *Pálade Minerva*, síntesis inimitable de belleza, de fuerza i de espiritualidad.



Discurso del Sr. Julio Vicuña

No creo yo, señores, en una literatura americana, pero creo en los literatos de América. No creo que ciertas modalidades, no muy intensas ni muy variadas, logradas a veces con infantiles malabarismos de forma, o estrayendo de nuestra flora i de nuestra fauna nombres exóticos i hermosos para esmaltar con ellos nuestros versos castellanos, puedan llegar a darnos una poesía americana. Ni creo tampoco que las someras diverjencias de nuestras costumbres, si se las compara con las de los países que han colaborado en nuestra formación social, constituyan una base sólida para edificar una literatura americana, por más entrada que demos en ella a nuestra vida popular, i por más espacio que en ella les concedamos a nuestro cielo azul, a nuestras selvas impenetrables, a nuestros lagos tranquilos, a nuestros golfos tormentosos. I este convencimiento mío no importa siquiera una sospecha de inferioridad del jenio americano respecto del jenio peninsular. No, señores. Yo creo que no hai una literatura americana, sino una literatura española, por la misma razón porque no hai una literatura belga, sino una literatura francesa, una literatura austriaca, sino una literatura alemana, una literatura de los americanos del norte, sino una literatura inglesa, una literatura brasileña, sino una literatura portuguesa; así como allá en los tiempos de Séneca, de Lucano

i de Marcial, no hubo en España una literatura española, sino una literatura latina.

I es natural que así sea, no sólo por razones étnicas, sino por la comunidad del idioma, que no es una cosa esterna, como pudiera creerse, sino tan íntima, con relación a nuestra vida espiritual, que es imposible imaginarlos separadamente. La idea nace i se desarrolla dentro del idioma en que ha sido concebida, como el embrión dentro del claustro materno. Participa de su sustancia, se acomoda a su índole, toma la forma del molde en que ha sido vaciada, i ni la nueva savia que se le inocular, ni el capricho de diferenciación, ni los retoques que se ensayen, lograrán mudar su individualidad hasta el punto de darle una individualidad distinta. I es que, como ya dijo Guillermo de Humboldt, «la lengua es la manifestación exterior del espíritu de los pueblos, i esta oculto para nosotros cómo ambos se reúnen en sus fuentes inaccesibles».

España... I cuando digo España, digo también Francia, digo también Italia, digo también Portugal, para no referirme sino a los países que hablan los principales idiomas neolatinos... España, repito, no tuvo una literatura hasta que tuvo una lengua, i no tuvo una lengua hasta que tuvo un alma nacional, que fué creando ese idioma a medida que ella misma se forjaba. Esta fué labor de siglos, esencialmente biológica, en que no entraron para nada, ni la ciencia de los gramáticos, ni el capricho de los innovadores. Esa lengua evolucionó, como todo organismo, i fué marcando las diversas etapas de un desarrollo, con obras maestras que son honra eterna de nuestra raza.

No faltará quien diga: —Si no es más que esto; si para tener una literatura propia, se necesita, en primer lugar, tener un idioma propio también, nosotros, los americanos del sur, ya le tenemos. Así lo reconoció nada menos que Remy de Gourmont, que le dió nombre: es el *neo español*. —¡Famoso idioma, por cierto, digo yo, que no ha sabido formar una sola desinencia, ni crear un solo vocablo que no sea nombre o verbo, como a su vez lo hace, sin jactancia, cualquier paleta de Castilla la Vieja! ¡Famoso idioma, vuelvo a decir, que en lo que toca a la sintaxis no puede anotarse ninguna invención, como no sea uno que otro solecismo estrafalario, acusador de ignorancia más que de espíritu de innovación!

I no se diga, como ya ha dicho alguien, que este idioma novísimo está retrasado en su evolución, por ser jentes de raza española, perezosas en sus iniciativas, las que le hablan; porque a los americanos del norte no puede afrentárseles con igual tacha, i nunca, que yo sepa, han discutido seriamente el problema del *neo inglés*, como hombres juiciosos, al cabo, que no pierden su tiempo en cultivar quimeras. Tampoco ellos, ufanándose más de lo justo de ciertas modalidades, han hecho gran caudal de poseer una literatura propia, en todo distinta de la inglesa, aunque pueden exhibir la grande i solitaria figura de Walt Whitman, que no tiene predecesor en ninguna otra, así como no ha tenido sino pálidos imitadores.

Por todas estas razones—que a mí, por lo menos, así me lo parecen—he comenzado por decir que no creo en una literatura americana, aunque sí creo en los literatos de América. ¿I cómo no he de creer en ellos, si he aceptado el encargo, mui honroso pa-

ra mí, de dirijiros la palabra, con ocasión de un premio adjudicado, por determinada obra, a un distinguido novelista chileno a quien yo, por esa obra misma, había contribuído a premiar no hace mucho tiempo? . . . Esto me excusa de no referirme ahora particularmente a la novela *Ullý*, verdadera joya de nuestra literatura, para decir algunas palabras, mui pocas, del jénero a que pertenece, que su autor, don Mariano Latorre, ha cultivado con amor.

No diré yo, señores, como han insinuado algunos—los que defienden, con igual exajeración que los otros, la tesis contraria a la de que hai una literatura americana—que la novela rejional sea el único jénero literario en que nuestros escritores pueden alcanzar cierto grado de orijinalidad. Esto es una majadería. La orijinalidad, siempre que tengan alientos para aspirar a conseguirla, está al alcance de los escritores de América, en la misma medida que lo está para los de todos los países del mundo. Sus obras, dentro de la literatura española, a que yo creo pertenecen, pueden ser tan orijinales, como las que más se destaquen en ella por esta altísima cualidad. Pero hai que convenir en que la obra rejional, que casi siempre tiene por escenario la ciudad provinciana, el caserío diseminado, la aldea humilde o el sitio abrupto i escondido, no sólo se presta para ejercitar el análisis psicolójico en personajes menos viciados de cosmopolitismo que los que viven en las grandes capitales, sino que permite dar mucha entrada en ella a la naturaleza, que en América, por su exuberancia i los inconmensurables términos, todavía indisputados, en que señorea, alcanza una importancia que no puede tener en la poblada Europa.

No durará siempre, por cierto, este escenario amplísimo. Llegará día en que, si no como dijo Horacio de la Roma de su tiempo:

jam pauca aratro jugera regiaë
moles relinquent,

el campo se verá forzado a ceder espacio a la ciudad i a la fábrica, i aun en lo que retenga como suyo, la naturaleza será en cierta manera esclava del hombre, pues no producirá sino lo que el hombre le pida. La vida campesina acabará por ser una continuación próxima de la vida de las ciudades, i la civilización, émula del tiempo, irá cegando estas fuentes de altísima poesía que hoi nos parecen eternas.

Por otra parte,—i ésta sí que es una razón ni sentimental ni remota, como pudiera antojarse la otra,—la crítica, advertida, según parece, por los editores, que son algo así como barómetros, para acusar las variaciones del gusto en el público lector, se viene preocupando, desde hace poco tiempo, de la *posible* decadencia de la novela, ya que no se quiera admitir que la decadencia haya comenzado, como pretenden algunos. Entre estos últimos está Ortega i Gasset, (*) quien en un estudio reciente, afirma que la decadencia existe, i con caracteres de definitiva, porque «es prácticamente imposible hallar nuevos temas»; afirmación demasiado concluyente, a mi entender, no porque en el fondo sea falsa, sino porque amengua el valor que en lo absoluto tiene lo relativo; que en la especie tiene la variedad.

(*) ORTEGA I GASSET, *Ideas sobre la novela*.

En un cambio de técnica encuentra él, en cierta manera, la salvación del género, i es imposible desconocer la razón que a veces le asiste. Desde luego, no se trata de inventar una técnica nueva, sino de desarrollar una ya existente, relegando al olvido otras que no son para estos tiempos. Por supuesto que el primer lugar de las rechazadas lo ocupa la *narración*, contra la cual, acaso con demasiado rigor, se viene declamando hace ya días, por lo mucho que de ella se ha abusado. La narración sistemática impide, es cierto, que los personajes obren por sí mismos, a la vista del lector, como es necesario que suceda para que éste llegue a convencerse de que tienen vida. También se anatematiza, por vacua e improcedente, toda declaración o juicio *a priori* que haga el novelista sobre el carácter de los personajes. Lo que importa, dicen, es que el lector llegue a formularse a sí mismo ese juicio, después de haber visto obrar a las personas.

Lo mismo ocurre con lo que atañe al medio físico i al ambiente espiritual en que se les sitúa. De nada sirve que el autor se empeñe en convencernos de que un hombre es ingenioso o abnegado, si en todo lo que ese hombre dice o hace no le vemos demostrar ingenio u obrar con abnegación. Ortega i Gasset cita el caso de una larga novela de la Pardo Bazán, en que la escritora afirma cien veces que un personaje es muy gracioso, sin que en la obra asome por ninguna parte la gracia del dicho individuo. Otro novelista procura infiltrarnos la idea de que todas las imper tinencias i desafueros del protagonista, se deben a que la hostilidad del ambiente ha agriado su carácter, i el ambiente no aparece siquiera esbozado en su novela. Tampoco escasean los autores que aluden a

cada paso a la correlación que existe entre el modo de ser de las personas que intervienen en la narración, i el medio físico en que viven, que unas veces es «abrupto e ingrato» i otras «risueño i acojedor», sin que el lector llegue a averiguar por qué es lo uno ni por qué es lo otro.

Lo que importa, pues, es describir i hacer obrar, sin olvidar por cierto que la trama, siquiera se la mire como un pretexto, no puede estar ausente en la novela, aunque por sí sola no llegue a constituirla; porque, como dice Eduardo Estaunié, la novela debe «donner l'impression de la vie» i debe «nous intéresser». I en seguida agrega, desarrollando estas mismas ideas: «Reportez vous, en esprit, à n'importe quel roman-type de n'importe quelle époque, toujours apparaîtront devant vous ces qualités primordiales: la vie et l'intérêt; la vie donnant aux êtres et aux événements une réalité pouvant aller jusqu'à l'hallucination; l'intérêt, tel qu'ayant commencé la première page, on éprouve sans cesse le désir irrésistible d'aller au delà». (**)

Acaso hace falta también renovar un poco el escenario, i nadie puede negar que la novela regional se presta mejor que otras para ensayar estas renovaciones. La objeción de que la palabra *regionalismo* lleva implícito el concepto de *limitación*, porque regionalismo i humanidad son términos que se excluyen, tiene en el fondo un alcance más restringido del que ordinariamente se le da. No se necesita creer en que cada ser humano, en lo moral, sea una

(**) EDOUARD ESTAUNIÉ, *Le roman est-il en danger?* («La Revue Hebdomadaire», 14 Febrier 1925).

especie de microcosmo, para convenir en que hai ideas i sentimientos que comparte la humanidad entera, aunque, de individuo a individuo, varíen en sus manifestaciones. Un Otelo, un Harpagón, pueden nacer en todos los climas; no así un Don Quijote i un Pedro Crespo, que sólo fragmentariamente los encontraremos en las demás literaturas.

En sentido absoluto, bien sé yo que para la novela regional, como para cualesquiera otras que se ensayen, no vamos a encontrar nuevos temas; pero sé también que las modalidades, como los matices, son inagotables, i que en los ambientes poco frecuentados, esas modalidades pueden alcanzar la mayor suma de novedad de que son susceptibles. Concretándose, para concluir, al caso de *Ully*, de Mariano Latorre, creo sinceramente que es una bella muestra de la novela regional que yo denominaría de *tipo medio*,—para mí, el que mejor realiza el ideal del género—porque incluye un máximo de *regionalismo* i un mínimo de *criollismo*, en lo que éste tiene de fútil i de contrario a los más elementales cánones de la estética.
